

ANTONIO MONCLÚS¹

Tu nombre en el Estrecho

Un nombre entre los nombres
todos,
tu nombre, solamente,
esbozo musical y cromático
de un tiempo en armonía
con la vida, la risa,
y la ilusión ganada
entre esfuerzos y obsequios
de un destino indulgente
ajeno al desconcierto arrogante y sarcástico.

El nombre más cercano a la imagen de Aquel
que no tiene nombre
y se expresa en amor,
un amor que carece
de letras y palabras,
de cálculos mezquinos
o sonidos agudos,
que suena balbuciente
al oído al escribir
un nombre,

¹ N. E. Recordando a Antonio Monclús Estella (1951-2016), catedrático, educador, escritor, ensayista y poeta, miembro correspondiente de la ANLE y co-fundador de la *Revista de la ANLE (RANLE)*, incluimos esta selección lírica de su último poemario *En los mares de otoño* (Granada: Grupo Editorial Universitario Ed., 2016).

un nombre sin vocablos,
sin términos ni origen,
sonrisa entre las nubes,
tu nombre, remembranza
de un olvido perdido
y un recuerdo ganado
por siempre en la memoria.

Tu nombre, aroma de azahar
de los mares del sur
y del alma de oriente,
que sale con el sol a la mañana
y dormita en la tarde
al pie de las columnas
que te vieron nacer
en un Estrecho abierto a mundos
en fatigosa lid
contra duros trabajos
tras las huellas de Hércules,
valiente y resistente,
sin ceder al fastidio ominoso y feroz
del dolor, y la maldad, humanos.

Ojos míticos
que acompañan tu nombre
mirando cada día
lo mejor de la vida
y el rostro de la dicha,
en busca del amor,
despertando precoz
al alba matutina.
Bogan entre las voces
lejanas australianas,
africanas, francesas, también americanas,
ecos que propagan sin distinguir los vientos
de levante o poniente
silbos sin acordes
y corean dichosos
entre todos los nombres

un nombre, sobre todo,
un nombre libre,
el tuyo.

Tejados marinos I

Tejados en el mar
asilo de aves marineras
que descansan ufanas de su vuelo veloz,
intermitente, hacia el secreto origen
del designio escondido,
escabullido un día
entre las nubes y olas
como un celeste adiós
que se despide
y se sigue asomando fugaz,
desubicado, sin lugar en el mundo,
sin sitio en el ayer
de páginas de historia desoladas
salidas de un maldito destierro prometeico,
condenado a hacer y deshacer
siempre empezando
y siempre destruyendo.

Especie humana osada
que busca un techo impávido
y seguro,
y solo encuentra
unos volátiles, casi suspirantes
tejados en el mar.

Tejados marinos II

Tejados en el mar
rojo cálido al sol de la mañana,
burdeos, casi corinto, en la noche serena
como un bucle de lirios primerizos
al encuentro de una luna furtiva
que ilumina el entorno
de un animal acuático, pacífico y gentil,
compañía del marino en apuros
víctima de un mar proceloso y terrible.

Apacibles delfines
que se enganchan al lejano sonido
de una voz inquietante
atrapada en la enredadera
del viento en espiral
subiendo hacia las nubes,
llevándose raptada
la cadencia rítmica y sensual
de una sirena alada
compañera del mar
de unos delfines claros,
amables, como la claridad violácea
de unos brincos ondulados y rítmicos
al ritmo inusual y asombroso
de una sorpresa azul
en la noche ambarina y turquesa.

Animal maestro
que en su filantropía, primaria y bondadosa,
da lecciones de amor
a los seres que se llaman humanos,
y acompaña al marino perdido
a salvarse, seguro, cubierto, bajo techo,
a la azul superficie
de un tejado en el mar.

Tejados marinos III

Tejados marinos
en el mar del azul infinito,
teñidos de plata brillante en el crepúsculo,
esperando anhelantes el inicio del alba
soleada y ligera,
empujando la brisa
hacia la tierra firme
que la acoge ruidosa
con el humano ruido persistente
carcelero inflexible,
impertinente,
de la dicha y la paz sosegada.

Tejados marinos, resplandores plateados,
oleadas de invisibles trompetas
que anuncian el fin del deseo
y relegan a un territorio pariente del ocaso
ilusiones perdidas, pasiones derrotadas
o sueños encumbrados
y abatidos,
caídos en un desdén bastardo
como ruedas que giran solamente una vez,
la rueda de la vida,
en un navío de conchas peregrinas
con su destino escrito entre los surcos
de su piel amarilla, blanqueada
por el paso del tiempo
reflejado en ásperas estrías
vaporosas,
que escapan inasibles
en el último tramo
siempre impreciso
de la ley de la vida,
como esa fugitiva
y efímera rueda.